

IDENTIDAD BAUTISTA LATINOAMERICANA, APROXIMACIONES Y DESAFÍOS.

El momento ha llegado cuando se debe dejar el narcisismo histórico, o sea, la introspección denominacional, para vernos en el marco del cristianismo moderno. Por demasiado tiempo, ha prevalecido un complejo de inferioridad histórico, que a veces, ha resultado en un complejo de superioridad denominacional.

Justo C. Anderson

Las últimas décadas han sido espacios de constantes diálogos entre varias denominaciones históricas inquietas por lo que consideran la necesaria reflexión de su identidad. Una preocupación que en ciertos círculos se la considera innecesaria por ser contraria al espíritu de globalización reinante en el mundo.

Esta tensión busca lidiar entre la necesidad de seguir reafirmando en las nuevas generaciones aquellos pilares que sustentan ese sentido de pertenencia tan válido, con el idealismo que llamando a la unidad cristiana, pretende desconocer toda pertinencia y relevancia de una búsqueda de sus raíces.

América Latina vive esta dinámica fruto de un crecimiento numérico significativo de creyentes identificados con la iglesia evangélica, donde la diferenciación cada vez ha sido más compleja de precisarla, cuando la medida se establece en función de las prácticas litúrgicas que en un momento se levantaron como indicadores útiles para la distinción, sin que en la actualidad cumplan esa función.

Allí radica la necesaria búsqueda de los pilares que siempre serán los distintivos de una iglesia que respondiendo a su ADN mantiene esa impronta que la caracteriza y orienta en su diario transitar. Esta exploración no deja de ser desafiante cuando se requiere mover lo que en la superficie puede confundir o desconocer el verdadero fundamento.

Esta relevación también requiere la objetividad de quienes realizando esta tarea levantan auténticos principios que superando todo valor que respondiendo a un momento histórico o cultural en particular, sea capaz de encontrar los elementos que independiente del marco visible, conserve un fondo sólido coherente con su identidad.

Considerar el marco histórico es pertinente para un acercamiento que anhele descubrir lo que hace de una congregación local, una iglesia bautista, asumiendo el desafío siempre vigente del tiempo, contexto, cultura, enriquecidos con una interacción bíblica y teológica capaz de responder a estas y otras demandas que no pueden ser desconocidas.

Una visión retrospectiva

La tarea de precisar la identidad de un grupo, etnia, conglomerado social, puede ser un trabajo complejo o no tan laborioso en la medida en que se cuenta con estudios serios que permitan una aproximación al tema con basamentos comprobados y no simplemente con especulaciones arbitrarias.

En este sentido la riqueza de nuestra denominación está en contar con historiadores formados académicamente y respetables por su credibilidad, que lograron reconstruir aquellos que elementos vitales para la conformación de una identidad que establezca parámetros claros de distinción.

Justo C. Anderson, en su obra la historia de los Bautistas, sistematiza lo que distingue como los siete principios fundamentales que sustentan nuestra comprensión de ser creyentes y ser miembros de su iglesia. Estos principios dejan una marca imborrable para que todo acercamiento en búsqueda de una identidad los considere.

El principio Cristológico, Bíblico, Eclesiológico, Sociológico, Espiritual, Político, Evangelístico, constituyen esa huella que en el ejercicio reflexivo de una fe viva, los creyentes que conformaron las primeras congregaciones bautistas cimentaron como los pilares sobre el cual se levantaría toda su interacción como iglesias.

La lealtad del evangelio histórico y la libertad en su expresión – firmeza y flexibilidad – son las características sobresalientes del testimonio bautista. Se adaptan perfectamente bien a la época espacial, que desea estar segura y, al mismo tiempo, libre. Es una época que necesita fundamentarse en la revelación de Dios, pero, asimismo, acostumbrarse a las nuevas formas de una era cibernética¹

Esta mirada no puede quedarse en el pasado de forma estática, tiene que tener la capacidad de generar diálogos y respuestas a una sociedad que sigue presentando sus agonías y cuestionamientos a la fe cristiana que recurre al marco histórico para anclarse y no desafiarse a recuperar ese sentido de urgencia que caracterizó a sus antecesores.

En ese sentido la necesidad de un liderazgo capaz de sintonizar con los requerimientos que se presenten siempre será determinante para que el proceso histórico continúe manteniendo esa riqueza que se nutre de una presencia donde la palabra y la acción sean el principal eje sobre el cual se siga construyendo una clara identidad.

¹ Justo C. Anderson. Historia de los Bautistas. Tomo I. Casa Bautista de Publicaciones. El Paso, Texas, 1978. pp 113

Un tutelaje necesario

La presencia de los Bautistas en esta parte del Continente se registra desde el siglo XIX, donde las diversas sociedades misioneras de los Estados Unidos de América, Inglaterra, Canadá, principalmente, comienzan a enviar parejas con la finalidad de iniciar su trabajo de plantación de iglesias, en lo que se consideraban un campo blanco.

Rápidamente esta presencia fue ganando auge, en medio de necesidades muy sentidas, donde la educación, salud, economía familiar, emprendimientos micro empresariales, fueron la tónica de vinculación a una denominación que procuraba instaurarse en esta parte del mundo, con un mensaje de esperanza que requería expresiones concretas y no solamente palabras.

Esta realidad local fue entendida mejor por unas organizaciones misioneras bautistas que por su trasfondo histórico y teológico, establecieron vínculos de apoyo en los campos donde la urgencia era inminente, dejando un legado que las generaciones posteriores pudieron disfrutar como un recurso propio.

Una gran parte de países se beneficiaron del talento humano que llegó en la figura de los misioneros bautistas, educadores, médicos, enfermeras, teólogos, pastores, a quienes era posible identificar una vocación tan marcada que contagiaba a los pocos nacionales que en ese primer momento formaban parte de un movimiento que luchaba por levantar raíces autóctonas.

La figura del misionero es determinante en la construcción de una identidad bautista, convirtiéndose en el prototipo a seguir, de allí se van mostrando ciertas diferencias ancladas al ámbito cultural y fundamentación teológica, aspectos vitales que con el pasar de los años se profundizarán entre unos y otros bautistas en el continente.

La hegemonía fue posible en la medida que los misioneros respondieran a un patrón común, cuando las sociedades misioneras o juntas de las convenciones bautistas con trabajo foráneo eran diversas en un mismo país, se comenzaban a notar diferenciaciones entre los ejes que manejaban.

Una realidad que lejos de afectar una expansión, pudo mostrar una riqueza invaluable de los Bautistas, su diversidad, aquella que fundamentada en su ejercicio de fe que reconociéndose como sacerdote delante de Dios, realiza responsablemente y con libertad de conciencia su elección dentro de su marco interpretativo de las escrituras.

Un crecimiento desafiante

La hegemonía casi absoluta de la iglesia Católica Romana a principios del siglo XX sufrirá su mayor golpe en nuestro continente fruto de los movimientos políticos que en muchos de los países se fueron gestando, donde la consecución de un estado laico, establecía un nuevo marco para las expresiones de fe diversas.

Es en este periodo donde muchos historiadores manifiestan que la identidad de los grupos evangélicos y de forma particular los Bautistas se establecen, debido a una mayor participación del componente nacional capaz de seguir replicando con la facilidad de su propio lenguaje el mensaje de transformación del evangelio.

Este crecimiento no fue de orden similar en los países, destacando el fenómeno de Brasil, donde todos los parámetros antes establecidos fueron rotos, al llegar a un desarrollo numérico que bordeó el 600% entre los años 1911 al 1938, motivado por una serie de factores muy particulares donde la incidencia del evangelio respondió a una demanda espiritual y social de sus habitantes.

Este aspecto en menor escala fue dándose en otros países, donde la necesidad de comenzar a capacitar a este contingente local se tornó en el desafío más notorio para un conglomerado de misioneros que habiendo crecido asumían otro rol dentro la conformación de las primeras organizaciones que comienzan a tener forma.

La formación del liderazgo va a convertirse en el eje a considerar para preservar un crecimiento que en muchos casos superó las expectativas o en otras circunstancias fue mostrando la poca asimilación que se había realizado con la realidad, quedándose como un movimiento religioso transcultural, sin sabor propio alguno.

En mi lectura allí radica uno de los aspectos que afectó a un desarrollo armónico de unos países y otros, evidenciándose esa capacidad intuitiva que algunos misioneros tuvieron a diferencia de otros para ir generando un proceso donde la formación y el acompañamiento al nacional vaya formando un mecanismo sólido para evitar una mala sana dependencia que no permita la madurez requerida.

Es allí donde la identidad incorpora elementos que no siendo gravitantes en este ámbito fueron dando forma al pensamiento, acción y reflexión de quienes buscaban preservar un modelo no en los principios bíblicos – teológicos que si bien eran compartidos, no influían tanto como la figura de su depositario, fiel, inequívoco, sabio, justo, cualidades que en la mente de muchos bautistas latinoamericanos terminó por idealizar la figura de los misioneros americanos, en su gran parte.

Un periodo donde el crecimiento numérico no significó avance organizacional necesariamente, mostrando que la dependencia financiera, organizacional, teológica, impedía que la identidad fuera enriqueciéndose con los elementos muy propios de la cultura y realidad latinoamericana.

Una realidad que no puede ignorarse

La realidad de nuestro continente ha cambiado sustancialmente provocando un sentido de pertenencia que por mucho tiempo fue muy débil, este espíritu de reencontrarse con sus raíces, no es ajeno a la realidad de la fe, donde esta dimensión está dispuesta a validar las vivencias más allá de un entendimiento que fue heredado, reconociéndose la necesidad de cuestionarse lo que en su momento era inamovible.

Hablar de una única identidad bautista en el continente latinoamericano es complejo, es posible que por varias décadas el liderazgo de los misioneros foráneos matizaron una comprensión de lo que significa ser bautista, enfocando elementos tan visibles que los trascendentales, incidentales, estando allí no tenían el mismo impacto.

Esta identidad en algunos casos creó cultura, una que por mucho tiempo oscureció o despreció la propia al considerarla atentatoria contra la fe que se profesaba, esto generó un anacronismo tan severo que unido a ese pietismo muy propio de la mayoría de las organizaciones misioneras que llegaron a nuestro continente, fueron formando una separación abrupta del contexto y realidad que se quería influenciar, teniendo el contacto mínimo que permita evangelizar y nada más.

El protestantismo latinoamericano, está marcado por ese carácter puritano – pietista – evangélico del cristianismo evangélico mundial cuyas raíces históricas se encuentran en el movimiento pietista de los siglos XVI y XVII en Inglaterra y el gran avivamiento del siglo XVIII en los Estados Unidos. El pietismo mismo representaba un intento muy importante por reformar la herencia protestante, y su influencia ha dejado una impresión distintiva en el cristianismo de América Latina²

El giro desarrollado por la Junta Misionera Foránea de los Bautistas del Sur a finales de la década de los 80 y principios de los 90 redundó en una crisis, que al pasar de los años, me atrevo a señalar es reconocida como positiva para la mayoría de los países, porque empujó a una construcción propia de su entendimiento y quehacer ministerial, donde partiendo de un modelo innegable, se fue contrastando cuanto era evangelio y cuanto cultura.

² Pablo A. Deiros. Historia del cristianismo en América Latina. Fraternidad Teológica Latinoamericana. Buenos Aires, Argentina. 1992. Primera Edición. pp 789

Este proceso se unió a un movimiento que en todo el continente se gestaba en medio de las otras denominaciones e iglesias libres o de corte independiente, en donde la denominada latinoamericanización del protestantismo se fue gestando a partir de la década del 70, ganando fuerza y relevancia en las dos décadas posteriores.

Desde el liderazgo hasta las estructuras organizativas, pasando por los temas de culto y los métodos de difusión, el protestantismo evangélico del continente ha asumido un sabor propio cada vez más ajustado a los patrones culturales locales de cada región o país de América Latina ³

La añoranza atrapa a quienes recuerdan con nostalgia los años cuando los misioneros guiaban, cantaban, tocaban el piano, resolvían los problemas, compraban los terrenos, un tiempo donde ser bautista eran prácticas litúrgicas que muchos vieron amenazadas cuando la llamada pentecostalización o carismatización de las iglesias históricas penetró con fuerza, afectando lo que para muchos es la auténtica identidad bautista.

Un rostro en constante construcción.

El pasado tiene su riqueza, indiscutible, incuestionable, presta a iluminar los grandes dilemas y controversias que todo tiempo tendrá, incorporando al dialogo aquellos elementos que nunca dejarán de ser gravitantes para mostrar los postulados que frente a un mundo en constante cambio se requieren presentar.

Acepto como innegable la herencia bautista que por medios de los principios bíblicos que sustentamos en la denominación, históricamente han servido para sustentar rasgos de una identidad común, presta a ser manifiesta cuando la centralidad de cada uno de estos pilares de nuestra fe se vean amenazados o requieran ser proclamados como palabra profética una vez más.

Lo desafiante se provoca cuando esa identidad común pretende desconocer los rasgos particulares, propios, necesarios, para que ese evangelio sea pertinente a un tiempo y momento donde el mensaje liberador de Jesús y su reino, incorporen los elementos que desde el principio fueron integrados a una vivencia que no se desentiende de sus raíces étnicas, ni culturales.

Desde esa óptica existen aspectos que están y seguirán en construcción en cuanto a esa identidad, donde el sabor latinoamericano no se pierde al tener que enfrentar con esperanza a son de salsa, merengue, tango, cueca o zamba, las grandes desigualdades de un continente rico en recursos naturales, reconocido como el reservorio natural del mundo por sus grandes extensiones de tierras cultivables, pero al mismo tiempo

³ Ibid, pp 794

desangrado por la corrupción, violencia, injusticia, donde sobrevivir es el único desafío que muchos tienen en las grandes ciudades.

Es posible que muchos se sigan preguntando si es válido responder a una inquietud que busca respuesta de lo que implica ser bautista en nuestro continente, polarizado por dos posiciones o más en las cuales la descalificación, desconfianza, constante sospecha, impide el disfrutar de la bendición de ser miembros del pueblo de Dios que investidos de su gracia, estemos dispuestos a proclamar y demostrar el evangelio del reino, sin limitación, ni temor alguno.

Ser bautista hoy, es ser bautista como fueron los que nos antecedieron, gente libre de ataduras denominacionales, gente que se dio la libertad de pensar y buscar respuestas concretas a los problemas de la sociedad a la luz de la Biblia. Ser bautista es pensar únicamente bajo la dirección de la lectura bíblica que se abre en diálogo con la vida misma, vivir y enseñar la centralidad de Jesucristo, vivir y enseñar el sacerdocio del creyente. En resumidas cuentas ser bautista es luchar porque El evangelio una vez dado a los santos se encarna en cada persona y así ser instrumentos de Dios para un pueblo que está perdiendo la esperanza⁴

La identidad bautista latinoamericana lejos de perderse, se ha ido dinamizando incorporando un ejercicio de reflexión – acción, donde la dinámica de ser iglesia sigue animando a muchas congregaciones a replantearse su compromiso con la comunidad, uno que implique escuchar, observar, acompañar, donde la postura de autosuficiencia o superioridad se deja de lado, reconociendo que nuestra interacción con los que están en las calles debe ser de igual a igual.

Un rostro bíblico, donde las escrituras no se pierden, en una centralidad que reconoce a Jesús como Señor y modelo innegable de ministerio, incidiendo sobre el pobre, la viuda, el huérfano, el menesteroso, donde los despreciados son acogidos e integrados, los niños reconocidos como signo y señal del Reino, las mujeres creación de Dios con iguales derechos y responsabilidades.

Un rostro humano, multiforme, heredero de una herencia bautista donde la diversidad nunca ha sido un inconveniente, más bien siempre fue asumido como una fortaleza que enriquece y aporta al crecimiento, asumiendo la realidad de ser un continente diverso donde indios, mestizos, inmigrantes, blancos o negros, aceptan su responsabilidad de responder a la fe que nos ha sido dada con la certeza que nuestro campo de misión son las calles, los barrios, las ciudades, los campos, donde la injusticia y la desigualdad nos invitan

⁴ Juan Carlos Cevallos. Ponencia Los Bautistas y su mensaje. Convención Bautista Ecuatoriana. Quito, Ecuador. 1992

a no ser neutrales, sino tomar una posición radical como Jesús lo hizo a favor de los más necesitados.

Un rostro moderno, que en algunos casos no quiere un membrete, rótulo, distintivo denominacional, no por vergüenza, ni por desestimar su herencia, aunque su teología y práctica es innegablemente bautista, apelando a una realidad cierta del tiempo en que vivimos, donde el denominado posmodernismo ha permeado fuertemente lo que en su momento caracterizó a las grandes iglesias y movimientos históricos, entre ellos los bautistas.

Percibimos que el cristianismo protestante, en su versión actual, tiene una constitución atípica en lo que respecta a la continuidad histórica de la tradición protestante. Es un cristianismo que, al parecer, nos ha llegado – y continúa llegando – por carriles distintos de los que usó el protestantismo hasta bien entrado el siglo XX. Se puede pensar incluso que este cristianismo está conectado con la generación de los últimos treinta años y desligado del protestantismo de la sola gracia, la sola Escritura y la justificación de la fe Por eso la preservación de la fe en ese estilo no significa mantener la fe en la pureza doctrinal como se ha entendido tradicionalmente⁵

Un rostro sensible, capaz de involucrarse con pasión en todo aquello que implique la lucha por diversas causas, en donde la vida en todas sus expresiones este inmersa, mostrando un compromiso que no se desentiende de lo que mantiene vivo el corazón del creador, el hombre, la naturaleza, la creación en pleno.

Un rostro interconfesional, presto hacer presencia en todo esfuerzo que tiene como finalidad visibilizar el reino de Dios y su justicia, alejado de todo postura sectaria que elude su responsabilidad en el aquí y ahora que no puede esperar. En ese sentido somos llamados a participar de todo diálogo y esfuerzo que tenga esa finalidad, sin el temor a ser juzgado por quienes no admiten ningún contacto con otras expresiones de fe.

Esta construcción evidencia lo que somos como pueblo bautista latinoamericano, donde los paradigmas del pasado deben reconocer un tiempo innegable, dispuesto a reconocer el aporte de quienes cruzando fronteras estuvieron dispuestos a reconocerse como protagonistas y no meros espectadores.

Un bautista innegable, pastor, maestro y teólogo, el doctor J. L. Garret comentó proféticamente en la década del 70, lo que en nuestro continente no podemos soslayar:

⁵ Arturo Piedra, Sidney Rooy, H. Fernando Bullón. Hacia donde va el protestantismo; Herencia y prospectivas en América Latina. Fraternidad Teológica Latinoamericana. Buenos Aires, Argentina, 2003. pp 51

El gran ejército de jóvenes que entrará a nuestras iglesias después de 1970 creen que la unidad cristiana es más importante que las diferencias denominacionales. No podemos asumir que nuestra mentalidad del pasado será la del futuro⁶

Estos atrevidos pincelazos no pretenden agotar la riqueza de una identidad que sigue en mi lectura en una construcción dinámica y constante, producto de un continente joven, presto a seguir buscando respuestas a necesidades que lejos de satisfacerse, continúan demandando atención, entre quienes con una riqueza innegable como los bautistas se atreven a caminar con el pueblo, sintiéndose y mirándose como uno de ellos.

⁶ Glen Hinson. Southern Baptists and Ecumenism, Review and Expositor. LXVI ,3, Summer, 1969, pp 287